

Libertad y riqueza. La perplejidad liberal ante la empresa

Miguel Alfonso MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA*

Liberalismo e individualismo metodológico

Forma parte inseparable de la tradición liberal lo que suele denominarse individualismo metodológico. Para muchos, y de modo especial en el ámbito de la economía, ese rasgo es lo más característico de esa tradición. En este trabajo queremos poner de manifiesto que es precisamente la naturaleza de ese método, la fuente de los problemas que hoy día se plantean en el seno de la tradición liberal. Las nuevas teorías de la empresa han abierto nuevos enfoques que se apartan del individualismo metodológico, y que pueden dar lugar a un renacimiento de la tradición liberal.

El individualismo metodológico trata de estudiar cómo a partir de una multitud de individuos, con sus propios objetivos, puede surgir una coordinación global, sin necesidad de una autoridad central. Este planteamiento da por supuesta la existencia de una realidad atómica, el individuo, que constituye el elemento básico y fundamental del análisis de la realidad social. Sin que hasta hace bien poco, se haya planteado la menor duda sobre esa supuesta simplicidad del individuo.

*. Universidad de Navarra.

Aunque pueda parecer paradójico, este planteamiento escamotea el problema de explicar la sociedad a partir del individuo, ya que al dar por sentado que existe un agente atómico, que conoce sus necesidades, y que está dotado de una racionalidad, se está dando por resuelto el núcleo de la realidad que se pretende explicar. El individuo no es una realidad exógena al orden social, sino que, como luego veremos, la individualidad lleva implícita una cierta endogenización del orden social.

Afirmaciones del tipo «todo agente obra por un fin», que es lo que en el fondo subyace en la metodología individualista, no tienen ninguna capacidad explicativa si se sitúan fuera de un contexto institucional. El individuo como unidad fundamental «no puede ser admitida como obvia» (GIDDENS 1971). Hablar de individuo humano es referirse a una organización psicobiológica altamente compleja y ordenada, que ni tan siquiera es reducible a la pura extensión corporal, ya que incluso en este sentido sus límites no son muy precisos.

En este sentido el individuo humano es también una organización psicobiológica altamente compleja, «un concepto tan holístico como puede ser el de empresa» (KAY 1979). Ahora empieza a ser evidente que el concepto de individuo defendido por la tradición liberal podría ser acusado de holismo, ya que bajo ese nombre se oculta una relación que en absoluto puede ser calificada de atómica o simple. Tanto el individuo como la sociedad son sistemas abiertos, con bordes difusos, y que interaccionan mutuamente. Más que de individuos habría que hablar de sujetos o agentes constituidos por organizaciones complejas, o que son sistemas abiertos e interactivos. Sin que nada de esto se oponga, sino todo lo contrario, a una mejor definición de la identidad personal.

Las razones que dan lugar al individualismo metodológico, y por tanto al liberalismo, tiene que ver con en el deseo de explicar el orden de la sociedad desde un nivel cero de institucionalidad. Es decir, prescindiendo de toda idea de costumbres y normas que supongan una cierta orientación sobre lo que es una idea común del bien, y que ponga a un supuesto individuo, no arraigado, como realidad básica y pri-

mordial. Desde este enfoque, las instituciones tienden a ser consideradas como limitaciones o restricciones a la infinita potencialidad de ese individuo abstracto, esencialmente razón, que tiende a la universalidad de su condición pensante. Si el individuo se explica por sí mismo, la tarea que resta por realizar es explicar las instituciones como resultado de la conducta de esos individuos.

Para que la autoconciencia de una actividad pensante, situada más allá de todo marco institucional, y que es la esencia del individuo, pueda operar en la realidad física necesita de un cuerpo. De este modo podría decirse que el individuo es «introducido» en un cuerpo, que al mismo tiempo actúa como instrumento de sus deseos, y como límite de su poder. El individuo es anterior a su cuerpo, y su cuerpo es anterior a la sociedad. Se trata de una especie de «humúnculo espiritual» que se pone «a los mandos del cuerpo» para lograr «sus objetivos», para apoderarse del universo. De este modo, la acción humana queda fragmentada entre una mente, el verdadero individuo, que tiene sus propios objetivos universales, y un cuerpo que, aunque limitado, es manejado por esa mente.

Bajo este enfoque, la libertad del individuo queda reducida a eficacia o capacidad de logro de los objetivos. Ser libre es tener capacidad de lograr todos los deseos que se proponga. Definición que identifica libertad con riqueza, y que forma parte de la tradición liberal. No tiene nada de extraño que pensadores liberales de nuestro tiempo¹ sigan manteniendo que las libertades capitalistas, la eficacia del mercado, son garantía y manifestación de las libertades civiles y políticas.

La coherencia lógica de Hobbes

Hobbes tiene el doble mérito de ser el primero que hace el diseño lógico del individualismo metodológico, y ser también el primero que reconoce que ese diseño es inviable. Si

1. GRAY 1986.

libertad y riqueza se identifican con la capacidad de logro, entonces se hacen mutuamente incompatibles, y se plantea un problema de escasez que es insoluble.

Un diseño de sociedad basado en un sistema en el que una multitud de mentes trata de apropiarse de un mismo espacio, admite dos salidas, una estable y otra inestable. La primera, la estable, consiste en que un individuo se imponga a todos los demás. De este modo los demás vienen a convertirse en partes de su cuerpo, que se ha ido extendiendo hasta ocupar todo el espacio. Este individuo sería el máximamente rico y el sumamente libre. La segunda solución, la inestable, surge de la igualdad de los individuos, lo cual implica que ninguno es capaz de imponerse a los demás, y en consecuencia se establece una situación de pugna continua e interminable por llegar a ser el más poderoso. En este caso la libertad y la riqueza son mínimas y altamente inestables.

Para evitar este dilema, Hobbes propuso que los individuos iguales, convencidos de la inutilidad de su pugna, otorgasen el dominio a un individuo ficticio, un hombre artificial, construido mediante el pacto, que le permitiera un equilibrio entre la libertad y la riqueza. Esta solución de recurso al pacto social, aunque de modo implícito, venía a reconocer que el individuo sólo es viable en un marco institucional.

La idea materialista y negativa de la libertad y la riqueza, entiende a los otros no como potenciación de la propia individualidad, sino como limitación y estorbo. La sociedad tal como la concibe Hobbes es un mal menor, un pacto que permite evitar, tanto la situación de máxima libertad y riqueza, para uno sólo, el más poderoso, como la situación de un mínimo de libertad y riqueza, en donde individuos iguales pero sumamente ambiciosos pugnan infructuosamente por imponerse. Quedaba así planteada la dicotomía liberal entre libertad e igualdad, que desde siempre ha acompañado al pensamiento liberal.

Esa incompatibilidad surge de una idea de libertad que sólo sería aplicable a individuos que se reducen a mentes puras, aisladas unas de otras, que separadas de la materia, la

manejan a su antojo. Toda relación con los otros mediante la corporalidad es limitación a la libertad y la riqueza.

Hobbes llegó a la conclusión de que los individuos por sí mismos sólo generan inestabilidad y caos, por lo que pensó que la socialización sólo podía ser exógena. En este sentido, repetimos, Hobbes es el más riguroso y coherente de los partidarios del individualismo metodológico. Un individuo puro es radicalmente asocial, y todo intento de socializarlo implica restringir o limitar sus posibilidades.

Si no se impone una coordinación desde fuera, cada individuo tiende al máximo de libertad y de riqueza, que sólo puede alcanzar apoderándose de todo, pero entonces, si hay igualdad de poder entre los individuos, la única solución es de miseria e inestabilidad. La sociedad es una lucha de demonios.

Si lo propio del liberalismo es el individualismo metodológico, es evidente que Hobbes no sólo fue un liberal, sino quizás el más importante de todos ellos. El liberalismo no ha hecho más que buscar salidas al dilema de Hobbes.

Locke, o cómo escamotear el problema de la individualidad

Para dar salida al dilema de Hobbes, Locke diseñó el artificio de hacer endógenos al individuo los principios de coordinación social; lo cual es una idea acertada, pero que resulta confusa, si no va seguida de un cambio en la idea de individuo atómico, que compartía con Hobbes.

Mediante esa endogenización se hacía innecesaria una coordinación impuesta desde fuera, y parecía posible mantener la libertad e igualdad de los individuos. Es decir, en el diseño de Locke, el individuo deja de ser el demonio hobbesiano, que lo quiere todo para sí, pero, para eso, ha tenido que socializarlo; aunque sea de un modo oculto y poco riguroso.

De este modo Locke salva el dilema de Hobbes, pero a cambio de no partir del supuesto nivel cero de institucionali-

dad. Sin embargo, Locke no fue consciente de ello e insistió en que sus individuos partían de un estado de naturaleza, es decir, más allá de todo marco institucional.

Como sugiere Hirschman (1977), el individuo de la tradición liberal englobaba una cierta sociabilidad, una «politness» que se daba por asegurada, y que se pensaba era fomentada por la difusión de la sociedad comercial. Desde este punto de vista, y por sorprendente que parezca, la principal crítica contra el «individualismo metodológico» es su «holismo» oculto. Es decir, dar por supuesto que el individuo encierra reglas sociales que evitan el engaño, la violencia y el fraude. Cuando Locke introduce el dinero y el contrato laboral, está suponiendo que son endógenas al individuo conductas que no son explicables desde el mismo individuo. Aunque se suele presentar como una prueba más de la capacidad que tiene la «mano invisible» de disciplinar las conductas y evitar el engaño y el fraude. Una prueba más de que individuo y sociedad, o individuos e instituciones son conceptos inseparables.

Hacer endógeno parte del marco institucional en el seno del individuo constituye la clave del éxito del diseño de Locke, que le permite afirmar que la coordinación y el bienestar de la sociedad no son fruto de diseño de ninguna mente, sino resultado no buscado de la interacción de todas las mentes que comparten el mismo cuerpo. Pero es también el punto de mayor debilidad de la tradición liberal, que ha llevado a continuas situaciones de incoherencia y contradicción.

Como Locke no fue consciente de esa endogenización, no tiene nada de extraño que siguiese pensando, como Hobbes, que la fuente de la escasez surgía de la pugna de los individuos por apropiarse de la naturaleza; que era por otro lado el modo de entender y ejercer la libertad. Los individuos seguían siendo seres aislados y autónomos, que sólo podían ser libres si perseguían sus propios intereses. Esa idea expansiva de libertad obligaba a Locke a diseñar un sistema de creación incesante de abundancia, de tal modo que el ejercicio de la libertad no chocara con los intereses de los otros. El individuo de Locke, como el de Hobbes, sólo es libre en la abundancia, que es otra forma de aislamiento.

Una libertad expansiva sólo es posible, y no plantea ningún problema de coordinación, si cumple lo que Nozick llama «estipulación de Locke». Es decir, cada uno se apodera de lo que desea, pero con la condición de que siempre quede igual y de la misma calidad para los demás. Se hacía necesario un artificio, la multiplicación incesante de la riqueza, que impidiera llegar a una situación en la que no hubiera nada que no tuviese ya propietario.

Ese artificio consiste en una segunda endogenización oculta de principios institucionales en el seno del individuo. Los individuos puedan acumular incesantemente, si en lugar de recursos naturales libres, bienes mostrencos, se acumula dinero, un bien sumamente artificial y social. Pero, una vez más, Locke vuelve a no ser consciente de la dimensión institucional de esa endogenización. Es llamativo que sean precisamente las características naturales del dinero, y no su dimensión institucional, las que destaque a la hora de explicar la acumulación:

Así fue como se introdujo el uso del dinero: una cosa que los hombres podían conservar sin que se pudriera, y que por mutuo consentimiento, podían cambiar por productos verdaderamente útiles para la vida, pero de naturaleza corruptible (Locke 1690).

El recurso al dinero permite seguir acumulando más allá de la necesidad fisiológica de cada individuo, y lo que es más importante, no excluye a nadie de la apropiación, ya que mediante el pago monetario, puede dar entrada al trabajo de otros en el aumento de la propia riqueza. Locke, al tiempo que introduce una institución tan compleja y artificial como el dinero, introduce también otras instituciones no menos complejas como el comercio y el contrato de trabajo. Y todo ello sin cambiar lo más mínimo la noción atomista y cerrada del individuo que se supone utiliza esas complejas instituciones.

El recurso al dinero y al contrato laboral permitían justificar la acumulación incesante de riqueza. Dejaba de ser una actividad conflictiva, y se convertía en la fuente del bienestar

y de riqueza para todos. Y lo que era más importante, constituía la garantía de ejercicio de la libertad individual.

Introducir el dinero y la empresa es romper con el rigor de la metodología individualista. Se producía un salto no justificado, desde un trabajo para sí, una actividad fisiológica de digestión del entorno, a un trabajo que exige la colaboración de otros. Desde una idea de libertad y riqueza donde los otros son límite y conflicto, se salta a una idea de libertad y riqueza donde los otros son apoyo y potenciación.

En realidad lo que el planteamiento de Locke viene a poner de manifiesto es que la creación de la riqueza y la libertad sólo son entendibles en un marco institucional de colaboración de los demás. Así como el rigor lógico de Hobbes le llevó a reconocer que para lograr un grado efectivo de libertad y riqueza se requiere de la coordinación y la colaboración, pero que sólo podía ser exógena a su idea de individuo, la falta de rigor de Locke, consiste en dar por supuesto que el individuo hobbesiano puede, sin ningún problema, convertirse en un individuo altamente socializado.

En cierto sentido, la teoría del dinero de Locke es paralela a su teoría del lenguaje. Y se le puede aplicar la crítica de Wittgenstein. Así como para que el mero nombrar tenga sentido, requiere de un marco complejo y muy elaborado, donde la palabra puede ser usada, el dinero queda sin sentido sin un marco institucional. Sostener que el individuo está dispuesto a utilizar el dinero como medio de seguir acumulando, es hacer endógena al individuo una estructuración social altamente compleja. Sería algo parecido a suponer que el lenguaje es innato a cada individuo.

Como pone de manifiesto Kymlicka (1990) seguir acumulando mediante el recurso al dinero lleva implícito modificar la idea de igualdad hobbesiana, ya que a partir de ese momento hay dos tipos de individuos, los propietarios y los no propietarios, los que tienen iniciativa y los que sólo pueden ser seguidores de esas iniciativas. De este modo Locke defiende los derechos de propiedad individuales desde una base utilitarista y holista, ya que todos quedan mejor, pero re-

sultan amenazados desde un punto individualista y de igualdad de iniciativa, ya que unos pasan a ser líderes con plenitud de decisión, y los otros seguidores y subordinados. El liberalismo no sólo limita la autodeterminación de los trabajadores sin propiedad, sino que los convierte en medios de la autodeterminación de los propietarios. Ante esta situación no basta la «estipulación de Nozick», según la cual es irrelevante quién realiza la apropiación, y quién obtiene la ganancia, siempre que la situación del no propietario no quede empeorada.

El escamoteo que hace Locke del problema básico del análisis social, que en esencia es el problema de la definición del individuo, se basa en un prejuicio antropológico que se mantiene hoy día casi con la misma fuerza que hace tres siglos. En el lenguaje cotidiano de nuestros días muchas gentes piensan que el capitalismo, o la libertad de mercado, es una sólida garantía de libertad política, y en el plano teórico, autores como Nozick (1974) mantienen el mismo razonamiento que Locke, y sostienen que el éxito productivo del capitalismo es garantía de que el liberalismo no deja que nadie empeore su situación respecto de la que hubiera tenido si no se hubiese llegado al límite de la apropiación individual.

Podríamos decir que el éxito del liberalismo consiste precisamente en haber dado por supuesto que el individuo es una realidad social, y su fracaso y sus limitaciones provienen de no haber sabido reconocer, en el plano teórico, esa dualidad. Mientras se insista en la idea hobbesiana de libertad y riqueza el liberalismo se encuentra en una situación sin salida, ya que no sólo exige que seamos dueños de nosotros mismos, sino también de los recursos externos. Algo que para Hobbes era evidente.

Smith y el problema social de la creación de la riqueza

Smith prestó especial atención al proceso social de creación de la riqueza, y se dio cuenta de que la colaboración entre los individuos es el núcleo de ese proceso. En cierto sen-

tido tomo conciencia de que el mercado, basado en el más estricto de los individualismos era estático, y que para que existiera el efecto dinámico de creación de riquezas era imprescindible la coordinación intencional.

El mercado, coherente con el prejuicio liberal del individualismo metodológico, es el ámbito de la libertad, pero debido a la justicia del intercambio es estático e improductivo. La creación de la riqueza se realiza fuera del mercado, en la empresa o proceso de división del trabajo, donde no es posible ni el individualismo, ni el ejercicio de la libertad.

Siendo en gran medida el descubridor de la empresa moderna, Smith se sentía imposibilitado de elaborar una teoría de la empresa. Reconocer a la empresa el carácter de agente económico, hubiera sido reconocer la existencia de la complejidad o socialidad de los individuos, algo que metodológicamente estaba vedado. Esto explica por qué Smith, a pesar del innegable carácter social de la tarea productiva, siempre la quiso presentar como una consecuencia del individualismo del mercado.

Es muy significativo que describiera la «división del trabajo» como algo negativo, no como asociación y diseño de una tarea común, sino como «división», como profundización en la individualidad de las tareas que componen el trabajo común. Modo de presentar la producción, la creación de la riqueza, que es coherente con el prejuicio liberal de que la riqueza no puede surgir de la dimensión relacional del individuo, sino de su componente de aislamiento y no interacción. Por eso atribuía el éxito de la división del trabajo al aspecto desintegrador de la tarea común en las tareas más simples, que puede ser realizada por el obrero en el más rotundo aislamiento.

El objetivo de Smith era explicar la coordinación no prevista, ni buscada, la que resulta de unos individuos que sólo se preocupan de buscar su propio interés. Como todos los ilustrados escoceses, pensaba que el objetivo de la teoría social es explicar los fenómenos que son resultados no buscados de las acciones individuales. Una vez logrado esto, se ob-

tendría la explicación de todas las coordinaciones, incluida la de la división del trabajo. El funcionamiento de la «mano invisible», que era lo que preocupaba a Smith y a todos los ilustrados escoceses, lleva implícito un tipo de individuo que de algún modo ha endogenizado parte de las condiciones que asegura el resultado que se supone alcanzará la mano invisible.

En el confuso mecanismo de la «mano invisible», que Smith tomó de Adam Ferguson (1767), hay un aspecto de razón suficiente, o interpretativa, «cada agente persigue su propio interés», y un aspecto de razón eficiente, lo sistemático y estructural que canaliza esas conductas hacia un fin no buscado². En cierto sentido la conducta del individuo está determinada por un doble marco institucional, uno endógeno, que actúa como razón interpretativa o suficiente, y otro exógeno o situacional, que actúa como razón eficiente. Mediante ambos logra su eficacia la «mano invisible».

Desde los tiempos de Smith, hasta ahora, todos los liberales han tendido a quitarle importancia a la teoría de la empresa. En la mayoría de los casos la solución que se ha adoptado ha sido suponer que no hay empresa sino empresario, como si la realidad de la empresa pudiera resumirse o reducirse a esa figura individualista. En otros casos se ha optado por lo que se conoce como visión contractualista de la empresa, según la cual la empresa se reduce a un núcleo de contratos de mercado entre individuos que, en el ejercicio de su libertad, intercambian bienes y servicios. Fama (1980) y Cheung (1969), por ejemplo, proponen el abandono no sólo de concepto de empresa, sino también del de empresario. La empresa sólo puede ser explicada como transacción entre individuos. La frase «en el principio era el mercado» (Williamson) expresa muy bien el prejuicio individualista de los liberales.

También desde los tiempos de Smith hasta nuestros días, la ortodoxia liberal, ha tendido a hablar de empresario en lugar de empresa, como tratando de huir de dar carácter de

agente o sujeto social a todo lo que no fuese el «paradigma liberal de individuo». Smith, por ejemplo, definió la riqueza como el poder de disponer del trabajo de los demás. Una idea interesante, que pone de manifiesto el carácter relacional de la riqueza y de la libertad, pero que formulada de ese modo negativo, tiene un manifiesto eco de conflicto hobbesiano. El liberalismo no sólo exige ser dueños de uno mismo, sino dueños del trabajo de los demás. No sólo limita la autodeterminación de los que se han quedado sin propiedad, o sólo con la de su cuerpo, sino que además los convierte en medios para los objetivos de los demás.

La resistencia de Smith y de todos los liberales a reconocer el carácter de agente a la empresa, en cuanto institución u organización, se corresponde con la idea implícita de que los factores sociales e institucionales son naturalmente endógenos al individuo. Lo cual les lleva a «quitar realidad» a los aspectos institucionales que son manifiestamente exógenos. Así por ejemplo, dos grandes instituciones sociales como son el dinero y la división del trabajo, son consideradas como poco menos que entes de razón. El dinero es una especie de «velo monetario» que oculta la verdadera economía, la que se realiza entre individuos autónomos. La empresa es una ficción, un instrumento de la actividad del individuo empresario, o un simple modo de designar un nudo de contratos o relaciones de mercado entre individuos. Todo lo que no son individuos, sea la empresa o el dinero, no son más que ficciones instrumentales para explicar el intercambio entre individuos iguales y dotados de la misma capacidad de acción.

Smith se limitó a considerar que había un tipo especial de individuo, el empresario, cuya misión principal no era dirigir la empresa, diseñar la coordinación de otros, sino acumular el capital, que es lo que permite una continua intensificación de la división del trabajo, y en consecuencia una multiplicación de la riqueza y la libertad.

El prejuicio individualista le llevó a mantener la teoría de la propiedad de Locke, sosteniendo que el valor de lo producido sólo podía provenir del trabajo corporal. Sólo en la labor o esfuerzo del cuerpo, en cuanto principio radical de indivi-

ducción, podía residir la fuente de la acción y de la riqueza. Por eso el modo de aumentar la riqueza se reducía a obtener más producto con menos labor. Algo que sólo se puede lograr mediante el aislamiento y la individuación. Postura que está en la raíz de todas las corrientes «tayloristas», y que ha obligado a que muchas personas, en nombre de los principios liberales, se vean obligadas a convertirse en instrumentos del diseño y de los objetivos del propietario. La actividad en el seno de la empresa se reduce a poco más que un algoritmo, donde para unos recursos, unos precios, y una tecnología, dados, sólo cabe un camino óptimo hacia un máximo de beneficios que se determina de modo absolutamente determinista. En el seno de la empresa, se produce una falta de igualdad en la iniciativa que ningún liberal sabe como explicar, y por eso prefiere considerarla una «caja negra».

Brechas en el individualismo metodológico

Hacia el segundo tercio del presente siglo se inició un camino de investigación de la naturaleza de la empresa (Coase 1937) que ha conducido a un progresivo reconocimiento de la necesidad de superar el dualismo excluyente entre individuo y sociedad, que a nuestro entender, puede ayudar a la redefinición del liberalismo y abrir nuevos horizontes al ideal político liberal.

Las nuevas teorías de la empresa han puesto de manifiesto que la unidad de análisis de lo social no es el individuo cerrado sobre sí mismo, con una cierta endogenización de lo social, sino precisamente su dimensión relacional, aquello que le permite no sólo endogenizar lo social, sino modificar y crear lo social mediante la exogenización de su misma y peculiar individualidad. Es la interrelación lo que cuenta y lo que está en la misma raíz de la creación de libertad y riqueza. Lo propio e irrepetible de cada individuo, junto a la capacidad de aprender en común, constituye todas las organizaciones, desde el individuo a la sociedad, pasando por la empresa.

Coase, desde el seno de la ortodoxia liberal, se preguntó: ¿por qué si el mercado lo era todo, no obstante, existían empresas? Para contestar a esta pregunta Coase supuso que la relación entre los individuos, esencialmente la transacción de mercado, es costosa. Es decir, que el cerramiento de los individuos no es perfecto, que carece de la información necesaria para actuar, y adquirirla es costosa. Es decir, que no es posible una endogenización perfecta de lo institucional, que siempre hay una necesaria e inevitable apertura y comunicación entre el individuo y su entorno. Este paso ha sido decisivo, ya que viene a reconocer que la unidad central del análisis social no puede ser un individuo absolutamente cerrado, o con información perfecta, sino la transacción, la necesidad de una apertura que no carece de problemas, y cuya solución no se supone que está endogenizada en cada individuo.

Desde este punto de vista, para Coase, la empresa surge porque constituye un medio alternativo al mercado para adquirir la información que se necesita. El mercado y la empresa quedan descritos como marcos institucionales no excluyentes, en los que se desenvuelve la acción humana. Y, lo que es más importante, la institución no es algo que se supone endógena al individuo, sino un medio de potenciación de la acción individual.

Se hace necesario superar el modelo liberal de mercado compuesto por un gran número de individuos aislados y anónimos, intercambiables o sin rasgos idiosincráticos, con información perfecta, que se limitaban a ser influidos por la totalidad, sin posibilidad de influenciarla. Un lugar en donde no cabe la disputa, la opinión variable, el desacuerdo, el regateo, la discusión maniobrera, el mutuo acuerdo, y sobre todo donde no cabe la idea de compromiso de futuro, ya que pase lo que pase, todos son conscientes de que necesitarán seguir interactuando continuamente si quieren vivir. En la teoría liberal clásica, por contraste, la interrelación y el compromiso siempre fueron considerados como una amenaza a la autonomía del individuo.

Ni pretendo, ni es posible ahora, detallar todos los pasos y desarrollos que las nuevas teorías de la empresa han segui-

do a partir del trabajo inicial de Coase. En cualquier caso la evolución no ha sido uniforme. Hay posturas que han insistido en la conveniencia de mantener el individualismo metodológico, y otras que han visto la necesidad de superarlo.

El llamado «nuevo institucionalismo», fiel a la ortodoxia liberal, a pesar de destacar la importancia de las relaciones o instituciones, ha mantenido el objetivo de explicar las instituciones como un modo eficiente de resolver la interacción entre individuos. Postura que también fue mantenida por la sociología estructuralista y funcionalista que predominó desde 1940 hasta 1960. Todo este planteamiento parte de la conducta de un individuo que, sin información perfecta, trata de no ser engañado, de evitar la fuerza, el engaño y el fraude. No hay lugar para la confianza, y sólo cabe algún tipo de sustituto más o menos eficiente. La mera posibilidad de introducir la confianza es considerada como abrir el camino a una situación hobbesiana, ya que se supone que un individuo racional necesariamente se aprovechará de las condiciones de imprevisibilidad que introduce la confianza. Pero, es precisamente lo imprevisible lo que es la fuente de la riqueza y la libertad.

Entre los que, en mayor o menor medida, han decidido apartarse del fuerte condicionamiento del individualismo metodológico pueden citarse las siguientes tendencias: la evolucionista³, la basada en el concepto de dirección estratégica⁴, la basada en la competencia⁵, y la basada en la administración de recursos.

Entre los rasgos comunes y más destacables de estas nuevas tendencias esta el rechazo a explicar las instituciones como resultado de la acción de un individuo abstracto y sub-socializado. El problema de la justificación de la empresa, y en general de las instituciones, requiere ambos sentidos de la causalidad, tanto desde el individuo a la institución, como vi-

3. WINTER 1982; HODGSON 1986.

4. RUMELT, SCHENDEL, TEECE 1991.

5. PELIKAN 1988; FOSS 1993.

ceversa. Denuncian la incapacidad del reduccionismo individualista para explicar porque la gente obedece a reglas, cuando según esa misma racionalidad individualista, su incumplimiento sería más beneficioso a corto plazo. Es precisamente la existencia de un tiempo futuro, de una esperanza, lo que es incapaz de explicar la ortodoxia imperante. La ortodoxia liberal⁶ sólo puede explicar, como ya demostró Hobbes, la inviabilidad de una sociedad sin confianza.

Otro aspecto importante de los nuevos enfoques, especialmente en el llamado de las competencias, es el descubrimiento de la originalidad y no intercambiabilidad de los individuos. Los individuos, hombres e instituciones, tienen cualidades o competencias propias que son fruto de una cultura personal e intransferible. Algo que no sólo es una característica propia e innata sino que depende del marco institucional en donde se desenvuelva. Esa originalidad e irrepetibilidad se genera tanto en agentes individuales como en las mismas instituciones, produciéndose una mutua interrelación entre ambas.

Desde estos nuevos enfoques⁷ se ha propuesto superar el enfrentamiento entre individualismo y holismo, insistiendo en que la verdadera clave para entender la acción humana, es una idea de individualidad⁸ donde se admita la relación inseparable entre lo propiamente individual y su relación con lo institucional; y sin que necesariamente haya que primar uno de los enfoques.

En esta dirección es muy interesante la propuesta⁹ de realizar una reconstrucción de la teoría de la acción humana en la línea de la hermenéutica defendida por C.S. Pierce. Los seres humanos no viven en un mundo de hechos crudos, sino en un mundo de interpretaciones, en el que los objetos, las acciones y las relaciones, están cargadas de sentido.

Lo importante de estos nuevos enfoques en el modo de estudiar la acción humana, y de entender al individuo, es que

6. HOLLIS 1994.

7. HODGSON 1996.

8. AGASSI 1960.

9. MIROWSKI 1987.

han surgido de situaciones prácticas, de los problemas que cada día se plantean en el seno de las empresas. Se está procediendo al revés de cómo nació y evolucionó la teoría liberal clásica. Se ha descubierto que la libertad es más un problema práctico que teórico, que no es una propiedad endogenizada por un supuesto individuo desocializado y situado en ningún lugar, sino que tanto el individuo como su libertad es algo que se construye día a día en la interacción mutua entre individuos e instituciones.

La riqueza como la libertad, se crea al mismo tiempo que se potencia al individuo; siendo ése el verdadero sentido y función de las instituciones. La libertad no es algo individual que se puede conseguir imponiéndose a todos los demás, sino que, como la riqueza, requiere aumentar la libertad y la riqueza de todos aquellos con los que se interacciona.

Decíamos que se ha procedido al revés. Ha llegado pues el momento de que, a partir de estos nuevos enfoques, se abra el camino de una nueva filosofía política que se enfrente con la tarea de superar el concepto atomista de individuo.

Bibliografía

AGGASI, Joseph (1960): «Institutional Individualism» *British Journal of Sociology* n.º 11, pp. 244-70.

CHEUNG, Steven N. S. (1969): «Transaction Cost, Risk Aversion, and the Choice of Contractual Arrangement» *Journal of Law and Economics* n.º 12, pp. 23-42.

COASE, Ronald (1937): «The Nature of the Firm» *Economica* n.º 4, pp. 386-405.

FAMA, Eugene (1980): «Agency Problem and the Theory of the Firm» *Journal of Political Economy* n.º 88, pp. 288-307.

FERGUSON, Adam (1767): *An Essay on the History of Civil Society/Un ensayo sobre la historia de la sociedad civil*. A. Miller and T. Caddel. Edimburgh.

- FOSS, Nicolai J. (1993): «Theories of the firm: contractual and competence perspectives» *Evolutionary economics* vol. 3, pp 127-144.
- GIDDENS, Anthony (1971): *Capitalism and Modern Social Theory*, Cambridge University Press. Edic. española Labor (1994).
- GRAY, John (1986): *Liberalism*, University of Minnesota Press. Minneapolis.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1977): *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*. Princeton University Press.
- HODGSON, Geoffrey M. (1986): «Behind methodological individualism». *Cambridge Journal of Economics* vol. 10, pp. 211-224.
- HODGSON, Geoffrey M. (1988): *Economics and Institutions: A manifesto for Modern Institutional Economics*. Polity Press. Cambridge.
- HOLLIS, Martin (1994): *The Philosophy of Social Science*, Cambridge University Press. Edic. española Ariel (1998).
- KAY, Neil M. (1979): *The innovating Firm: A behavioural Theory of Corporate R&D*. Macmillan, London; St Martins Press, New York.
- KYMLICKA, Will (1990): *Contemporary Political Philosophy. An Introduction*. Oxford University Press. Edic. española Ariel (1995).
- LANGLOIS, R. N. (1989): «What was wrong with the old institutional economics (and what is still wrong with the new)?» *Review of political economy*.
- LOCKE, John (1690): *The Second Treatise of Civil Government. An essay Concerning the True Original, Extent and End of Civil Government*. Edic. española Alianza (1990).
- MIROWSKI, Philip (1987): «The Philosophical Bases of Institutional Economics» *Journal of Economic Issues*. Vol 21, n.º 3, pp. 1001-1038.

- NELSON, Richard R. (1981): «Assesing Private Enterprise: An Exegesis of Tangled Doctrine» *Bell Journal of Economics* vol. 12, n.º 1, pp. 93-111.
- NOZICK, Robert (1974): *Anarchy, State & Utopia*, Blackwell. Oxford.
- PELIKAN, Pavel (1988): «Evolution, Economic Competence and Corporate Control» *Journal of Economic Behavior and Organization* vol. 12, pp. 279-303.
- RUMELT, R.P., SCHENDEL, D., TEECE, D.J. (1991): «Strategic management and economics» *Strategic Management Journal* vol. 12, pp. 5-29.
- WILLIAMSON, O.E. (1985): *The Economic Institutions of Capitalism: Firms, Markets, Relational Contracting*. The Free Press. New York.
- WINTER, Sidney G. (1982): *Economic «natural selections» and the Theory of the Firm*, Yale Economic Essays. New Haven (CN).